Yo también soy tu papá

UNA CARTA DE AMOR

Pablo Rivera



Índice

El día que cambió todo 13

Primera parte:
La vida que se impone 21

Segunda parte:
Los claroscuros de una herencia 53

Tercera parte:
La vida que he elegido 87

Cuarta parte:
Las dificultades para lograr un reconocimiento 119

Quinta parte:
El futuro incierto 151

Para mi pollo, el mejor autor de esta aventura.
Para Francisco, quien siempre me toma la mano
para llegar más allá.

Firmo este texto con mi propio nombre, mas no así con mi apellido. Con este seudónimo parcial rindo homenaje a Sara, mi amiga que siempre fue mucho más que una terapeuta y que cerró sus ojos cuando la muerte la vino a buscar el año pasado. Ella siempre supo de esta historia y me sostuvo en los primeros momentos donde esto fue más difícil. Heredo en este relato su apellido.

También porque quiero proteger a la persona que envío esta carta.

En un tiempo donde los juicios siguen, una palabra mal reproducida, una frase fuera de contexto, nos puede perjudicar como familia ante un tribunal. Y quiero contar la historia con libertad y con la esperanza de que esta experiencia, que es nuestra, le puede hablar a muchas más personas, a muchos más hombres sobre cómo la paternidad es un viaje sin retorno: sobre cómo se puede ser padre a pesar de todo y de cómo la palabra papá designa mucho más que una semilla que vive en el cuerpo.

Tú aquí no tienes nombre, porque no necesito pronunciarlo para hacerte sentir que estás en mi corazón.

El día que cambió todo

11 de enero de 2019. Era un día soleado. En vez de ir a la oficina, esa mañana me quedé en casa para ayudarte a ti y a la señora Carmen a armar tu mochila para el fin de semana. Chiquitito como eras, tus cosas cabrían perfectamente en un espacio pequeño. Y, aunque el calor del verano santiaguino era intenso, doblamos tres pares de shorts, seis poleras, dos polerones y un par de pantalones largos para el remoto caso de que la tarde refrescara. También un par de zapatos extra y un pijama.

En un estuche chiquito pusimos tu cepillo de dientes, la pasta sabor frutilla y el resto de colonia que quedó en el frasco después del derrame de la semana pasada. La mamadera y la leche en polvo especial en una bolsa separada. Los libros de cuentos para dormir en un sobre de papel. Probamos primero la mochila negra, pero nos dimos cuenta de que no había espacio para tus pañales y el mudador plegable que había

prometido enviarle a tu tía Alejandra, la hermana de tu mamá. Era el tercer fin de semana que te quedarías allá y debías acostumbrarte poco a poco a su casa. Así que tuvimos que cambiar todo a la mochila azul. Mientras tú jugabas con los bloques de construcción, hacías amagues de colaboración pero rápidamente volvías a lo tuyo. Pollo, pásame tus pañales, Pollo, ¿qué polera quieres llevar?, Pollo, ¿otra vez sacaste tu mamadera?. Claro que era un teatro nuestro para hacerte parecer más grande. Tenías apenas un año y nueve meses.

La mochila estaba preparada cuando decidí tomar a Nichi, el conejo de peluche que te había traído después de mi último viaje. Siempre te gustó ese conejo por su pañoleta roja, su gorro azul y, sobre todo, su camisa removible que más de una vez tuve que salvar antes de que la tiraras a la basura. Y fue cuando lo puse dentro de la mochila que comprendiste que te quedarías a dormir fuera de casa.

Empezaste a llorar.

Reclamaste. Te dio la pataleta.

O al menos eso quise ver yo, porque tampoco tenía ganas de que tú durmieras fuera ese fin de semana. La vez anterior había sido dura. El silencio y lo poco que me demoré en limpiar el departamento recordaron tu ausencia. O cuando puse la mesa solo para dos, sin tener que poner tu platito verde sobre el mantel. Estuve enojado los tres días que estuviste fuera. Me

di cuenta por el exceso de comida y vino durante los almuerzos de ese fin de semana. Y porque tampoco quise llamar a mi mamá para no recibir un reproche (un "te lo dije") porque ella siempre me había advertido lo difícil que sería dejarte ir.

El llanto se calmó cuando la Carmen te convenció de que Nichi solo iría de paseo y que él había querido meterse solito en la mochila. Después fui a contestar algunos correos y hacer como que trabajaba. Tuve de nuevo tiempo para revisar el papel que yo había firmado, confirmando mi compromiso con los pasos del "enlace" (así denomina el Programa de Familias de Acogida — FAE— el traspaso entre un cuidador y otro). Poco a poco irías quedándote más y más horas en la casa de tu tía Alejandra, con sus niñas y su marido, hasta el día en que ya no volvieras más a este hogar. Ese día, en vez de mochila, tendría que poner todo en una maleta y esperar que no quedara nada atrás, pues de otro modo cada objeto tuyo podría ser un aguijón de melancolía. Tu destino estaba sujeto a una firma que voluntariamente yo había grabado en tres copias de un mismo papel.

Cuando llegó la hora me puse la mochila, agarré tu coche paraguas y nos despedimos de la Carmen. "Hasta el lunes, pórtate bien", te dijo ella con una sonrisa. Tenías la mirada nerviosa, y te agarrabas de mi cuello sin poner la cabeza en mi hombro. Recibiste el beso sin demasiada convicción. Bajamos los cuatro pisos del edificio por la

escalera, como tantos otros días que bajábamos para ir a comprar o andar en el triciclo azul. Caminamos hacia el metro por la calle de siempre. De Manuel Montt a Cerro Blanco nos tomaría 25 minutos, entre las paradas y el cambio de línea. Quería llegar antes que tu tía Alejandra a las oficinas del FAE, para que no hubiera sospecha alguna de que yo no te pensaba entregar.

No alcanzamos a tomar el primer tren, pues no quise bajar corriendo la escalera de la estación. Y mientras esperábamos el siguiente, me llamó tu tía y dijo: "Hoy no podré ir a buscar al niño. No puedo. Disculpen".

Esbocé una respuesta educada. De caballero, como decían en mi colegio. Pero hervía por dentro. No era posible que cambiara las cosas así, sobre todo ahora que ya estaba tan dolido frente a la idea de tener que olvidarte. Dolido de vivir con el miedo a que un día tú me olvidaras. Me dio rabia que alguien de tu familia hiciera eso, que te dejaran ahí, mientras que yo no encontraba la manera de retenerte.

Recordé la escena de la mañana, armando la mochila y buscando la manera de consolarte cuando entendiste que no dormirías con nosotros esa noche. ¿Quién te iba a explicar ahora lo que había pasado? ¿Cómo alguien podía renunciar a la posibilidad de pasar la tarde jugando contigo? ¿Quién era tan necio como para no entender el privilegio que era tenerte?

No tomamos el tren que llegó, ni el siguiente, ni el que vino después.

Volvimos a casa deshaciendo el mismo camino. Subimos los cuatro pisos del edificio por la escalera. Saludamos a la Carmen sorprendida de vernos de vuelta. Sacamos al conejo de la mochila, sin magia alguna. Dejamos el cepillo de dientes de nuevo en el vasito del baño. Guardamos los tres pares de shorts, las seis poleras, los dos polerones y un par de pantalones largos de nuevo en la cómoda. Colgamos la mochila vacía dentro del clóset. Para ti ese paseo tan corto probablemente no significó nada... pero para mí fue un viaje sin retorno.

Calmando la ira, me abordó de nuevo el mismo miedo que sentía antes de salir de casa. Cierto: para el Estado y su programa de protección de menores yo solo era alguien que cumplía un rol temporal y limitado en la cadena de cuidado y de restitución de derechos. Era un adulto que, sin tener ningún vínculo previo contigo, sería tu cuidador para evitar que te internaran en algún hogar del Sename. "Familia de acogida externa" como le llaman. Un cuidador sin vínculo previo. Pero nada de eso importaba ahora.

Me estremecí porque me di cuenta de que quería protegerte. Porque nadie podía tratarte como un mero expediente, nadie podía hacerte sentir abandonado, ninguna persona podía olvidarse nunca de ti. Que

nadie jamás te iba a tratar mal, mi pequeño. Tardaría meses en entender por qué tu tía Alejandra hizo lo que hizo, pero para ese entonces yo ya me veía a mí mismo como una persona distinta.

Ese día, cuando tú estabas de nuevo jugando en tu pieza y el conejo estaba acostado en la cama de siempre, me sentí padre tuyo por primera vez.

Lo que sigue es un mensaje que quiero dejarte por escrito. Aunque ya llevamos varios años en esta historia, no sé cuánto tiempo tomará para que tengamos la certeza de que seguiremos siempre juntos. Es 2025 y ya hemos pasado un proceso de adopción fallida, un juicio de cuidados personales que solo ha tenido salidas temporales, e incluso hemos revertido resoluciones legales donde se escribieron mal nuestros nombres.

Por lo mismo, y pese al tiempo transcurrido, nada nos asegura que sigamos viviendo como ahora. Cualquiera sea el caso, la ley establece (al menos hoy) que, si algún día tuviéramos posibilidad de adoptarte, tendríamos que competir con otras familias. Pese a ello, con Francisco nos hemos prometido dar todas las peleas posibles por tu cuidado, aunque las probabilidades legales aseguren poco. Siempre un juez puede mirar desigualmente nuestro matrimonio homosexual con el de otras parejas heterosexuales bien avenidas. Eso, sin contar que ese mismo juez decida privilegiar

a tu familia de origen en todo el proceso, pues, aunque estuvieron tres años en silencio, reaparecieron y han querido hacer valer su derecho a verte. Y frente a la sangre, en Chile, siempre es posible perder.

Por eso quiero escribirte estas páginas.

Dicen que como ha pasado tanto tiempo, cada día, cada mes, cada año que pasas a nuestro lado agrega puntos para que nuestra familia sea legalmente reconocida algún día como tal. Mientras tanto, debemos hacer acrobacias mentales y espirituales para hacerte sentir nuestro hijo —que es lo que necesitas para crecer sano y seguro— y, al mismo tiempo, prepararte para tu eventual partida. Por eso te contaré esta historia, que es mi historia, pero que en realidad es la historia de nosotros dos. Porque todo lo que te diré tiene que ver con cómo me he convertido en un papá *de facto,* y cómo juntos hemos construido una familia que jamás pensé podría existir.

Porque con el correr del tiempo tú me dijiste papá y tuve que aprender a responder a esa mirada, a pesar de que el sistema que dice protegerte vea con sospecha algunos intentos por garantizar que no te irás de esta casa. Porque en el caso de historias como la nuestra, el Estado sigue atendiendo a sus propias lógicas y procedimientos, y a veces olvida cómo pensar el bienestar de las infancias más allá de lo que dicen o piensan los adultos. Te quiero contar, entonces, cómo

tratando de ser tu papá, aprendí también a ser padre de mí mismo y a tener la valentía de mirar más allá de lo posible.

Todo padre quiere regalarle siempre algo a sus hijos y, en este caso, mi vanidad me obliga a tratar de ser un ejemplo para ti. Pero superado eso, viene lo que realmente importa: espero que, contándote esta historia, aprendas también que ha sido el amor que siento por ti aquello que me ha permitido enfrentar la adversidad. Porque eres el niño más amado. E incluso, si algún día no estás conmigo, seguirás siéndolo. No importa quién te cuide: es gracias a ti que alguien siempre se puede convertir en una mejor versión de sí mismo.

Las páginas que siguen son precisamente para que no olvides esto.

PRIMERA PARTE

LA VIDA QUE SE IMPONE

El día que nos conocimos

Fue un día soleado de fines del invierno. El jueves 6 de septiembre de 2018.

Tan solo veinticuatro horas antes nos habían llamado para decirnos que llegarías. Sabíamos ya tu nombre y que tenías un año y cuatro meses cumplidos. Ocho meses menos de lo que, se suponía, debía tener el niño o niña más pequeño que yo me atrevería a cuidar. Porque en la evaluación para ser familia de acogida, había dicho que no me atrevía a hacerme cargo de alguien que no supiera hablar. Pero en tu caso hice una excepción. Total: serían apenas tres semanas y no se necesitaba conversar para cuidarte por tan poco tiempo.

Yo ese día no fui a trabajar. El día anterior, ilusamente, había avisado en la oficina que me aparecería después del almuerzo. Que tenía todo organizado desde hacía meses. Recuerdo todavía la cara de espanto de la Carola, mi jefa, quien amablemente me recordó

que no recibiría una encomienda sino un ser humano. Sabiamente, me advirtió que mi cabeza estaría fuera de servicio unos días. Nos vemos el lunes, dijo.

Y es verdad que los preparativos habían empezado antes, pero aquel jueves en la mañana el ritmo de la casa era frenético. La señora Ada, quien en ese entonces trabajaba con nosotros una vez por semana, vino excepcionalmente sabiendo que Francisco y yo necesitaríamos ayuda. Teníamos todo ordenado, especialmente la pieza donde dormirías. Además de haber comprado una cama nueva, pusimos una cuna plegable que una amiga de Francisco nos prestó y algunos juguetes que nos heredaron los amigos. Los libros, las fotos y la colección de DVD habían volado hacia la bodega. Pese a nuestros esfuerzos, seguía sin parecer una pieza de niño. Porque, aunque iban a ser tres semanas, queríamos que estuvieras en un lugar lindo y acogedor. Pero el resultado fue un espacio apenas genérico. ¿Cómo podíamos saber, en ese entonces, qué cosas te iban a gustar, qué juguetes ibas a preferir, qué animales iban a ocupar tu imaginación?

Pese al orden de las cosas, estábamos con el espíritu inquieto. Y bueno, no se podía estar de otro modo. A las 10 nos llamaron para decir que había comenzado "el procedimiento". Recuerdo que la señora Ada me ofreció un té para calmarme. Para brindarnos su apoyo, el papá de Francisco vino ese día porque te quería

conocer. Por mí que hubiera menos gente, porque buena onda mi suegro, pero necesitaba concentrarme en una sola cosa. No pude evitar sobresaltarme cuando el Tata Loco, como tú le dices, quiso arreglar unas plantas del balcón y terminó por botar toda una repisa con suculentas. La quebrazón de maceteros y la tierra regada por el suelo fueron un presagio del desborde que vendría minutos después. Refunfuñando, saqué la escoba para limpiar algo que se suponía ya estaba limpio. Estábamos en eso cuando sonó el timbre.

Desde la terraza vimos la patrulla, un vehículo que nunca en los años que llevábamos viviendo en el edificio se había estacionado delante de la puerta. Imposible que nadie se diera cuenta de tu llegada, pensé. Además de venir con la oficial de carabineros, venían a dejarte María José, la trabajadora social, y Natalia, la psicóloga. Con la guata en la mano presionamos el botón del citófono para que pudieran entrar, mientras Francisco y yo comenzábamos a bajar los cuatro pisos hasta la entrada del edificio.

Y ahí, al pie de las escaleras, te vimos por primera vez.

"No hemos constatado lesiones", nos dijo la oficial sin expresar emoción. Eso fue lo primero que escuché. Pero mientras lo decía no la miraba a ella, ni a Natalia, ni a María José. Te miraba a ti. Te miraba aferrado a la carabinera. Trataba de conectar con tu mirada. A